

los cuales no era pequeño el contingente de inadap-
tados), ha servido en las naciones centroeuropeas
para aprender que lo importante no es sólo el cultivo
de la inteligencia como meta educativa, sino más bien
el fortalecer y mejorar el caudal humano de la per-
sonalidad del pequeño que será decisivo cuando sea
hombre.

Y esto que en niños normales es muy importante,
en deficientes es imprescindible; aquí reside, en esto
consiste el acierto de esta Formación del profesorado
especial, objeto de este trabajo.

ISABEL DÍAZ ARNAL.

crónica

Al margen de la XXVI Semana de Educación Na- cional de la F. A. E.

I. EL TEMA GENERAL.

Las Semanas de la Federación de Amigos de la
Enseñanza (F. A. E.), cuyo primer factor de éxito
radica en la feliz elección de fechas (27 a 31 de di-
ciembre) y de lugar (Madrid, salvo raras excepcio-
nes), constituyen una tradición nacional, y para los
que intervienen en ellas desde sus comienzos una
cantera de recuerdos.

Quien esto escribe actuó ya como ponente en la
II Semana, o sea, si la memoria me es fiel, en 1932.
Regía entonces la F. A. E. un puñado de hombres
con visión clara de la moderna pedagogía, resueltos
a dar la batalla a la revolución no en las urnas ni
en los mítines, sino en el terreno educativo. Los acau-
dillaban un jesuita, el padre Herrera; un marianista,
el padre Lázaro, y un maestro, Almazán. Lucharon
por enmarcar dentro de la "legalidad" republicana
a los colegios y escuelas de la Iglesia, y a la vez,
por infundir en éstos la inquietud del progreso; y tra-
zaron proyectos, entre los que sobresalía un nuevo
plan de Bachillerato con mayor eficiencia en los
estudios clásicos, para crear, en cuanto cambiase la
situación, una docencia española que hermanase el
vigor de la tradición con la agilidad y exactitud de
las nuevas tendencias. Rodeó a este núcleo un am-
biente poco agradable. Por una parte, lo miraban
con desdén los que, fiados en la posibilidad de volver
"a lo de antes", se resistían a todo intento renovador;
y lo odiaban, por otra, los que, en nombre de la
libertad, se habían propuesto desnaturalizar el alma
española. Antes del desmoronamiento, habíanse ce-
lebrado asambleas con millares de asistentes, cerra-
das con brillantísimos discursos y con docenas de te-
legramas. En cambio, los que, llegada la hora de la
verdad, acudían a aquellas primeras Semanas, no
excedían de medio centenar, aumentado, en las se-
siones muy solemnes, por media docena de curiosos
y dos docenas de curiosas.

Todo esto no podemos olvidarlo los "antiguos" de
la F. A. E. Nuestros compañeros recientes saben
mucho historia; pero nosotros la hemos vivido, y por
ello comprendemos mejor las ventajas de la situación
actual y preferimos la santa continuidad a las gre-
guerías e impacencias. Lo que importa es corregir
nuestros propios defectos, extender nuestro campo
de acción y ser consecuentes.

A esta finalidad —progreso dentro de la tradición,
labor fecunda y concreta— respondió el tema gen-
eral de la Semana: *Cuestiones didácticas en torno al
Bachillerato actual*, cuya oportunidad glosó el di-
rector de la F. A. E., padre Luis Fernández, en sus
Palabras de saludo.

II. RELIGIÓN Y FILOSOFÍA.

La ponencia del canónigo madrileño don Alejan-
dro Martínez Gil sobre *La Religión: su estudio en el
Bachillerato actual*, conjugó la solidez doctrinal con
el sentido común y con el gracejo expositivo. Aunque
dejó bien sentada la índole integral de la instruc-
ción religiosa, acentuó su aspecto intelectual: "Lo
primero —dijo— es que el estudiante se entere bien
y pueda enterar a otros de lo esencial de nuestras
creencias: que el estudiante *estudie*, en una pala-
bra." Es verdad. Pero no lo es menos que, para en-
terarse de la Religión, no basta estudiarla. Hace
unas semanas asistí con mis alumnos de la Uni-
versidad de Barcelona a la Misa dialogada y con
discreta participación de los escolares, que dirige
el eminente gregorianista y liturgista padre Altisent.
Sin ninguna explicación, sin estudio alguno, nos en-
teramos de muchas cosas importantísimas, y vimos
aprender muchísimo, sin estudiar, a ochocientos alum-
nos de Bachillerato.

Sugirió Martínez Gil la conveniencia de revisar
el plan actual, en lo que a la Religión atañe. Yo to-
davía no he olvidado el plan que estableció, para
un Bachillerato de seis cursos —como el actual—, la
Junta Técnica de Burgos, en plena guerra de libe-
ración. Se asignó al primer curso, un repaso de Ca-
tecismo; al segundo, un resumen de Historia Sagrada
y de la Iglesia; al tercero, el Dogma; al cuarto, la
Moral; al quinto, la Vida sobrenatural, con nociones
de Liturgia, y al sexto, un epítome de Apologética.

Un escolapio, el padre Andrés Moreno Gelabert,
se ocupó, con sensatez y realismo, de *La Filosofía
en el Bachillerato: su extensión y sentido*. Sostuvo
que el programa debía limitarse a investigar con el
joven lo que la razón, aun sin las luces de la Re-
velación, dictamina acerca de nuestra naturaleza,

de nuestro fin y de la conducta que a los mismos correspondería, de no haber sido nosotros llamados a un fin sobrenatural; y a informarle de la posición de los pensadores más famosos, o más actuales, respecto a dichos problemas y a su proyección práctica.

En el debate subsiguiente, se hizo hincapié en los puntos de contacto existentes entre la asignatura de Religión, tal cual la presentó Martínez Gil, y la de Filosofía, tal cual la concibe Moreno Gelabert, y se coincidió en la conveniencia de encargarlas a un mismo profesor, para evitar repeticiones y discrepancias.

Creo que dentro de este apartado debo incluir las dos lecciones prácticas sobre *Cine-fórum*, que desarrolló el jesuita padre Félix Landáburu, asesor eclesiástico nacional de Cinematografía. Costó cada lección de una sustanciosa introducción a la película en cuestión, en la cual se proporcionaba datos y orientaciones para mejor entenderla y juzgarla; de la proyección de la cinta, y de un animado coloquio sobre su valor técnico y su trasfondo moral. Las películas proyectadas fueron: "La Carretera", de Fellini, en la que lo sobrenatural se insinúa cual horizonte remoto, y "El Maestro", de Aldo Fabrizzi, que gira en torno a un milagro.

¿Mi parecer? Este procedimiento fortalecerá y acrisolará el criterio moral de los estudiantes, y es posible que a la larga eleve el nivel del público católico, y en consecuencia, el de las películas proyectadas. Pero sería ilusorio pensar que inmunizará a nuestros alumnos y alumnas, cuya mayoría va al cine para emborracharse de aventuras o adiestrarse en escaramuzas amorosas. No conviene conceder al *Cine-fórum* un puesto exclusivo, ni excesivamente importante, en la formación. Y sería muy provechoso hacer notar a los alumnos que las producciones cinematográficas no alcanzan la profundidad, gracia y belleza de sus análogas en la novela o el teatro. "La Carretera", por ejemplo, al lado de obras del mismo tipo de Shakespeare, Calderón, Dickens o Balzac, parece su sucedáneo folletinesco.

III. LAS LETRAS.

Comentaré bajo este epígrafe las ponencias sobre latín, español y francés.

Dos ponentes se distribuyeron la tarea de enjuiciar la enseñanza del latín: el padre Antonio Pacios, que examinó la conveniencia de conservarla en el Bachillerato, y el salesiano padre Eduardo Gancedo, que trató de su Didáctica.

Contra lo que generalmente se esperaba, Pacios propugnó que se destierre el latín del Bachillerato actual y que se cree un Bachillerato clásico para los que aspiren a ser especialistas en estas culturas. "El latín está muerto, definitivamente muerto después del fracaso galvanizador del Renacimiento, y hay que dejar a los muertos que entierren a sus muertos."

A este argumento de hecho —la defunción del latín— agregó el siguiente razonamiento: "Distingamos entre el latín como formador de las facultades humanas y aliado del culto católico, y el latín como vehículo de un pensamiento, de una cultura. Bajo

el primer aspecto, lo reemplazará ventajosamente en el Bachillerato el idioma patrio, junto con algunas disciplinas complementarias; y bajo el segundo, economizaremos estériles fatigas al alumno poniendo a su disposición buenas traducciones de lo más selecto y asimilable del pensamiento antiguo." Al indicarsele que sus razones no valían para la participación del estudiante en la Liturgia católica, respondió que es contrario a mantener el latín como idioma litúrgico universal.

Sin entrar en las facetas teológica y litúrgica de la cuestión, quisiera consignar, como pedagogo, que Pacios no planteó acertadamente, a mi modesto entender, el problema educativo. Aquí no se trata de si el idioma patrio o las matemáticas pueden suplir al latín en el desenvolvimiento del buen gusto o del rigor mental, ni de poner en duda que el mensaje cristiano supera infinitamente a la religiosidad pagana. Lo que debe discutirse es: 1.º Si para la existencia entera del hombre, y especialmente del que se consagra a profesiones tan humanas como las de abogado, médico, político o arquitecto, es necesario poseer un recio y matizado *estilo de vida*; 2.º Si para labrarse este estilo, constituye un instrumento irremplazable, en nuestras latitudes y cuenta habida del origen y trayectoria de nuestras culturas, el estudio del latín en la Enseñanza Media; 3.º Si es importante, para un católico, disponer de un estilo existencial, expresado en palabras y ademanes, que refleje actitudes ejemplares de la plegaria, y 4.º Si contribuye a obtenerlo, con sorprendentes resultados, el estudio del latín prelitúrgico y litúrgico en el Bachillerato elemental. Supongamos que se responda afirmativamente a estas cuatro demandas. Entonces, el latín litúrgico o con vistas a la Liturgia, debe mantenerse en el Bachillerato elemental, y el trato, si quiera parco, con algunos autores clásicos, en las ramas del superior. Confieso que algunos alumnos son incapaces de saborear un texto litúrgico, cuanto más un fragmento clásico; pero de ello no tiene la culpa el plan del Bachillerato, sino la excesiva benevolencia en los exámenes de ingreso o la deficiente preparación al mismo. No lamentaríamos tan frecuentes "casos", si se observasen las normas que propugnó el marianista don Jesús M. San Vicente, en su aplaudida ponencia *Preparación para el ingreso en el Bachillerato*.

Vengamos ahora a las posiciones didácticas del padre Gancedo. Defendió que hay que enseñar el latín al modo de un idioma moderno y enfocarlo hacia la conversación sobre asuntos corrientes y la participación litúrgica. Para ello, está elaborando Gancedo un *Diccionario* básico, de menos de dos mil vocablos, y una *Gramática* reducida a su mínimo, y con ejemplos en los que la palabra o locución latina se inserta en el contexto de una frase castellana. Encomió la revista *Palaestra Latina*, que responde por completo a esta metodología.

Hasta aquí me pareció admirable. No me convenía, en cambio, cuando extendió estos principios al Bachillerato Superior y declaró que debemos contentarnos con que el alumno lea holgadamente los Evangelios en latín, algunos Padres y Doctores y el Catecismo del Concilio de Trento. Incluso calificó

de *sositas* las Eglogas de Virgilio, de *amanerado y caduco* a Cicerón, y saliéndose un poco de su tema, condenó los tiempos desastrados en que los niños de primera enseñanza tenían por libro de lectura el *Quijote*. Séame tolerada una objeción que no presenté por temor a apuntarme un éxito de "galería". Si yo, catalán por los cuatro costados, amo a España y escribo con cierta corrección y estilo el castellano, lo debo, como la mayoría de mis paisanos cultos, a que obran en las capas más profundas de mi subconsciencia esas lecturas remotas del *Quijote* y de otros clásicos españoles. Es muy difícil que acepte el separatismo quien lleva en los estratos primitivos de su memoria capítulos del *Quijote* y versos de Lope, como lo sería que muchos comprendiesen tan mal a los catalanes si hubiesen saludado en sus años infantiles algo de la prosa de Ramón Lull o de la poesía de Ausias March.

El hermano Francisco Luis, de las Escuelas Cristianas, disertó sobre *La Lengua y Literatura patrias en el Bachillerato*. Sugirió que el latín y el español del Bachillerato fuesen confiados a un mismo profesor, para mayor economía y unidad metodológicas. Recordó que el objetivo principal de la enseñanza idiomática es "crear hábitos de expresión", lo cual se logra, no tanto con el aprendizaje de la Gramática, cuyo estudio debe ser parco e inductivo, cuanto por la lectura, la redacción y el comentario de textos. Recomendó, para los ejercicios de redacción, "que han de apuntar a un mínimo de lógica, de claridad y de corrección", el *Arte de componer en castellano* de los propios hermanos, y precisó la acomodación de sus cuatro grados a los cursos del Bachillerato. Con estos trabajos ha de enlazarse el estudio de la Historia Literaria, que puede comenzar por los autores contemporáneos, o por los medievales. Concedió valor didáctico excepcional a *Lengua y Literatura de la Hispanidad*, de Jiménez Caballero. Entre los medios didácticos predilectos del conferenciante, figuran la prensa escolar y, sobre todo, las revistas orales. Y entre las muchas sugerencias que dejó caer al paso, quiero recoger la de incluir, en la lectura de los cursos superiores, autores españoles peligrosos, para aprovechar la ocasión de advertir a los jóvenes sobre el riesgo que entrañan otras de sus páginas y para que no los miren como algo prodigioso y mítico.

Un seglar, don Luis Grandía Riba, catedrático del "Luis Vives" de Valencia, dió la pauta de la enseñanza de los idiomas modernos. En vez de explicar lo que debe hacerse, prefirió ponerlo en práctica. Profesó, ante jovencitos madrileños, una improvisada y ajustadísima lección de lengua y literatura francesas, que versó sobre una escena de *Le Bourgeois gentilhomme*, de Molière. Dijo Grandía que basaba su manera de dar clase en la *Didactique des langues vivantes*, del catedrático de Lieja F. Closset. Nada faltó en esta lección modélica: ni la previa distribución del texto ciclostilado, ni la introducción erudita y amena, ni la recitación y análisis de la escena, ni la comparación de su morfología y construcción con el francés moderno y el latín clásico, que Grandía habla con igual soltura que el francés y el castellano, ni discos reproduciendo la declamación del

fragmento por los actores de la Comedia Francesa y la música de los cinco "ballets", cuyas melodías, altamente cómicas en aquel entonces, hemos oído después, en veladas y procesiones, con letrillas edificantes...

IV. LAS CIENCIAS.

Sólo una conferencia se dedicó a la enseñanza de la geografía y de la historia, cuyas metodologías registran por cierto audacias tan sensacionales como el intento de suprimir la distinción geográfica e histórica entre Europa y Asia (para más de un profesor norteamericano, Asia es un "mito helénico" sin ninguna base real). Condensó ambos temas el hermano marista don Javier Puente Sadornil.

La finalidad de la enseñanza de la historia —afirmó— es que el alumno adquiera un criterio objetivo e imparcial, que aprenda a separar lo principal de lo accesorio y a no dejarse seducir por la propaganda. El programa debe ceñirse a los "hechos-clave", preferir lo cultural a lo guerrero y espectacular, y aprovechar cualquier ocasión de coordinar esta asignatura con sus allegadas. Entre los procedimientos, alabó el coloquio o discusión en clase, que puede basarse en el cotejo de varias versiones, tal vez periodísticas, de un episodio o suceso.

La utilidad de la instrucción geográfica estriba —dijo— en que el estudiante se familiarice con el escenario donde actúa el hombre. Le conduciremos, por consiguiente, de lo cercano a lo remoto, y de lo físico a lo económico y político. Recorrió la gama de procedimientos para "ayudar a que el jovencito tome contacto con la realidad geográfica", y se detuvo especialmente en las lecturas geográficas comentadas por el profesor.

Tres profesores seglares de la Enseñanza Oficial tomaron a su cargo la didáctica de las matemáticas y de las ciencias físico-naturales, y desempeñaron a la perfección su cometido.

Pedro Puig Adám, que expuso la *Enseñanza eurística de las Matemáticas*, es un docente extraordinario, de originalidad y ductilidad insólitas. "El programa —aclaró— dice lo que el niño *debe* aprender; la psicología revela lo que *puede* aprender; pero todavía falta que *quiera* aprenderlo, y ello depende de que nuestra metodología despierte su interés, su voluntad de acción y de triunfo." Para esta movilización de la voluntad del alumno, se vale de la enseñanza eurística. Procura y consigue que el escolar descubra por sí mismo los puntos cardinales de la asignatura, y renuncia a hacerle aprender de memoria reglas y definiciones antes de que pueda extraerlas de sus descubrimientos y experiencias. Ofreció numerosos y decisivos ejemplos de su método, y ante la insistencia con que los concurrentes le pidieron un libro que lo encarnase, señaló, no sin reservas, su *Didáctica Matemático Eurística*. Terminó haciendo votos por que esta enseñanza deje de significar un tormento y constituya un factor educativo de la adolescencia.

El vicedirector del Centro de Orientación Didáctica, don Aurelio de la Fuente Arana, a quien, por

desgracia, no pudo oír personalmente, mostró en su ponencia sobre *Didáctica de la Física y la Química en el Bachillerato* la necesidad y las posibilidades del trabajo de los alumnos en el laboratorio escolar.

Se ocupó de las *ciencias naturales* un colaborador del mencionado Centro, el catedrático don Alvaro García Velázquez. Lamentó que muchas veces no lo-grase esta disciplina su finalidad formativa y lo atribuyó a que una parte considerable del profesorado parece practicar la ley del mínimo esfuerzo y se resiste a infundir savia más objetiva a los viejos métodos de la lámina, el museo y la definición verbalista. Es indispensable sumergir al jovencito en la Naturaleza, despertar su espíritu de observación y de crítica, ayudarle a sintetizar los resultados de su labor, y conseguir que admire el poema del universo y rompa los muros de su egocentrismo. Anotemos algunas directrices: "El material más útil es una lupa, un cuaderno, un lápiz y una goma." "Hay que amueblar la clase con la mira puesta en facilitar el trabajo por equipos y en adiestrar a los alumnos en el manejo del microscopio y del bisturí y en la elaboración e instalación de colecciones." "Además de estudiar la Naturaleza en su aspecto estático, sigamos atentamente su dinamismo, regulado por una batuta providencial"; y "Tenga previstas el profesor las sucesivas tareas del curso, y encuádrelas en el Calendario de la Clase, sin perjuicio de modificarlo accidentalmente si lo aconsejan las circunstancias."

V. LA CLAUSURA.

La sesión de clausura abundó en certeras y sustanciales orientaciones.

En calidad de ponente, el inspector general de Enseñanza Media, don Arsenio Pacios, defendió la noble causa del *curso preuniversitario*. Arrojó mucha luz sobre las metas ambicionadas por el legislador. Los seis cursos anteriores tienden a que el estudiante vaya adquiriendo unos conocimientos y unos hábitos de trabajo que, al llegar al curso preuniversitario, le capaciten para fraguar, con lo aprendido, una visión personal del mundo, y para ensayar investigaciones, también personales, sobre temas en los que converjan asuntos de variada y capital significación. Este

curso final fracasará en la medida en que se pretenda reducirlo a repaso servil y mecanizarlo mediante textos y consignas rutinarias.

Pacios nos convenció, casi diré que demasiado, por cuanto la mejor y mayor parte de su auditorio se preguntó si, ya antes del preuniversitario, no sería posible dar tijeretazos a los frondosos programas para consagrar más tiempo a los temas cruciales y al trabajo personal.

Apenas acallados los aplausos, se levantó don Carlos de Inza, presidente de la F. A. E. Con sobrado motivo, se felicitó del éxito de la Semana, y señaló, como rasgos diferenciales y sumamente prometedores de la misma, la compenetración entre el profesorado oficial y el de la Iglesia y la tendencia a moverse en un terreno de concreciones. Añadió que la F. A. E. no podía volver la espalda a la formación clásica, pero tampoco debía pasar por alto la urgente necesidad que tiene España de numerosos y bien formados científicos. "Desde 1949 —subrayó— la potencialidad de nuestro país en *kilovatios-hora* ha aumentado en un doscientos cincuenta por cien, y su producción industrial en un setenta y ocho por cien."

Cerró el acto —y la Semana— el director general de Enseñanza Media, don Lorenzo Vilas, con palabras tan francas como prudentes. "Es cierto —dijo— que España pide muchos y buenos bachilleres; la lucha contra el analfabetismo pronto pasará a la historia y el bachillerato universal, que todavía es utópico, se convertirá en un tópico. Ello equivale a reconocer que hacen falta muchos y buenos colegios, con muchos y bien formados profesores. El Estado no puede extender más, en esta esfera, su misión supletoria de la sociedad; nos lo impide la situación económica. Contad con nuestro beneplácito, apoyo y reconocimiento en los esfuerzos que realizáis y que emprendáis ahora para colmar, en lo posible, esta laguna. Fundad colegios, muchos más colegios, con preponderancia de los destinados a la clase media y popular, y multiplicad las iniciativas que, como esta Semana, se dirijan al perfeccionamiento de vuestro profesorado." No pudo decir más en menos palabras.

JUAN TUSQUETS, pbro.

la educación en las revistas

ENSEÑANZA PRIMARIA

La importante misión que está reservada al Inspector de Enseñanza Primaria es puesta de relieve en un artículo de Serrano de Haro. Se titula: "A fuerza de corazón", porque es ésta la única manera de ejercer tan noble oficio, según el generoso criterio de su autor, que en las siguientes líneas describe la actitud ideal del Inspector: "Pero si ese Inspector llega enardecido de

fervores, y siembra en el Maestro la semilla redentora de una fe y una confianza inquebrantables, y estimula al Alcalde y recuerda a los padres sus deberes, y facilita el "expediente" para construir unas Escuelas y pone en marcha alguna obra que meta a todos por los ojos los prodigios y maravillas de la educación, y lanza iniciativas y siembra inquietudes y deja temblando en los aires el eco de una voz, entre dulce y severa, que señala metas altas y brillantes a costa de esfuerzos fáciles y sencillos: no cabe duda que a la corta o a la larga, la obra se pone en marcha. Y se pone en marcha no en triste soledad y desamparo, sino asistida de los elementos sociales sin los que no puede vivir" (1).

Problemas didácticos de carácter general, tales como el de los castigos escolares o el del valor pedagógico de

(1) Agustín Serrano de Haro: *A fuerza de corazón*, en "Escuela Española". (Madrid, 31-XII-57.)